

Camino sin fin

LUIS MAURICIO MARTÍNEZ

Al compás del tiempo que los mortales se inventaron, poco a poco fue diluyéndose la seductora oscuridad hasta exhalar un último suspiro. Dieron las cinco y como siempre ya se ha puesto en pie. La rutina no perdona contratiempos. Una vez alistado con su debida ducha matutina para despejar los vestigios de algún sueño abstracto, bebe con mecanizada velocidad su café y sin más titubeos sale de casa directo a la oficina.

Estando en la calle inicia la aventura que, por cierto, desde un par de años atrás es la misma: gente vestida en tonos sombríos dirigiéndose a los lugares de siempre, niños uniformados en camino a clases. El aire es denso al igual que las avenidas principales que se congestionan con miles de autos, los conductores emiten expresiones de desesperación por no llegar a sus ocupaciones. Contemplado el ir y venir de esos individuos pasan sesenta minutos y Joel llega a la empresa donde labora. Otro día que va, el cual pretende hacer intenso a pesar del montón de documentos que debe capturar en la computadora: facturas pendientes, cuentas por cobrar, requisitos que complican la sencilla existencia del hombre. Se encierra entre las cuatro paredes que el destino le dispuso tras cinco años de estudio. Las horas danzan sobre su cabeza, espera con ansiedad el momento de salir y volver a casa. Una vez concluido su turno se siente aliviado. Caminando al estacionamiento para tomar su auto no entiende qué sucede: es joven, ejerce profesionalmente lo que alguna vez creyó era su apasionada vocación, la economía le sonríe, la belleza y comprensión de su novia son la envidia de cualquier chico. Su existencia terrenal es afortunada pero algo falta.

Cimentado en su experiencia opina que la felicidad es una actitud de vida que se encuentra en uno mismo. Siempre se ha preocupado por alimentar ese ser interno mas no es feliz. Falta

ese “algo” que no sabe cómo o dónde encontrar. La urbe es cada vez más aburrida, incluso las diversiones. Alguna vez lo deslumbró la perfección de ese mundo creado por la mente humana pero ahora le provoca una sensación de atosigamiento. Cuando percibió esa sutil oscuridad en su alma, también notó que su única distracción era observar el camino de su casa al trabajo y viceversa. Tener un empleo en otra ciudad le da oportunidad de viajar día a día. Si bien el camino no es muy extenso, disfruta segundo a segundo cada kilómetro, como en cámara lenta, sumergiéndose en otra dimensión. Por las mañanas, al abrir los ojos, no puede esperar para salir rumbo a la oficina. Percatándose de esa nueva pasión, de vez en cuando se permite viajes a municipios o comunidades cercanas. Pequeños paraísos perdidos convenientemente ignorados por la exacta modernidad. En realidad no le interesa admirar la belleza nata de dichos lugares, cuyos paisajes enriquecen el alma, sólo le concierne gozar los diversos caminos que llegan a ellos. Cuando viaja, quemando el asfalto que se entrelaza de pueblo en pueblo, de un destino a otro, Joel se siente libre de las paredes ciudadinas, libre de sí mismo. A cada segundo diluido, el tiempo parece suspenderse en un letargo sin fin. Eso le anima a inventarse unas alas que nacen con lentitud, cuando su imaginación le advierte que están listas las abre. Con ojos cerrados y el rostro puesto en dirección al cielo emprende el vuelo a un lugar lejano que pocos conocen, un mágico destino al que se aferra con fuerza. Al adentrarse en la mancha urbana su mirada se tiñe de melancolía, de nuevo es enjaulado en la selva de concreto y de metal. Sin detenerse, voltea hacia la carretera y en voz baja se repite: un día volaré y nada me detendrá. Me iré para no regresar.

Manejando rumbo a su casa presiente que algo está cambiando. Es un hombre distinto. Los extraños individuos que vagan por entre las oscuras avenidas no lo notan, por qué tendrían que hacerlo. Lo miran con indiferencia. A nadie necesita

demostrar la evolución de sus sentimientos, le basta con saberlo él mismo. Cada viaje le brinda contacto con la naturaleza, lo comunica con ese “yo”, olvidado gracias a las baratas distracciones que ofrece el mundo. Se siente lleno de vida, más decidido, más nuevo. Aún estando en el trabajo, con sus amigos o con su novia, sus pensamientos se concentran inconscientemente en esa energía que fluye de su interior al imaginarse viajando en un camino sin fin.

En su visión es feliz, sin embargo, su actitud es diferente, la gente que lo rodea lo nota serio y depresivo. Desfilan las semanas una tras otra y cada vez habla menos, permanece en silencio durante largos periodos. Se dedica a observar y escuchar, así, comprende la trascendencia que un simple momento puede ofrecer, como el suave canto de la lluvia nocturna. Las semanas se convierten en meses y se sumerge en esa fascinante soledad no necesitando mayor compañía. Los amigos estorban, deja de frecuentarlos. Lo mismo hace con su novia, dejó caer la relación y cortar de tajo el prometedor futuro de ambos. En el fondo esa unión lo enfadaba tanto que ya pensaba en casarse. Por si fuera poco, dejó de asistir los fines de semana a casa de sus padres. Su mente sólo se ocupa de ese lugar que la naturaleza muestra sutilmente, como seduciéndolo e invitándolo a unirsele. En ese sitio hay más de lo que se puede pensar: no existen las horas ni pasa el tiempo, no existen los cuerpos, sólo son almas que vuelan en el viento.

Para variar, durante uno de sus múltiples viajes decidió subir a una montaña, explorar más allá de lo cotidiano. Eligió la más alta, que puede observarse a enormes distancias. Esa mañana comenzó muy temprano su aventura, al medio día ya se encontraba en la cumbre. El imponente paisaje le exigió un respetuoso silencio, se asomó al vacío y descubrió un mundo a escala, como de juguete. Todas las poblaciones eran unidas por caminos que semejabán unas lánguidas serpientes dormidas. Por encima de la verde planicie, algunos ojos de agua reflejaban la inmensidad del cielo azul. El día pasó sin darle aviso. De pronto el sol, como vencido por su corpulencia, no pudo más permanecer en pie, fue cayendo hasta chocar con un enjambre de montes que le provocaron una herida a través de la cual la sangre que brotó tiñó las nubes de un tenue rosa hasta tornarse colorado. Los poblados fueron invadidos de luciérnagas para ahuyentar la oscuridad que el herido astro rey dejó con su caída.

Cuando el espectáculo concluyó, Joel disipó sus dudas. Secándose las lágrimas provocadas por el ensordecedor silencio, entendió que la búsqueda llegaba a su fin. Esa plenitud deseada desde meses atrás, se encuentra más allá de los límites del universo y la forma de llegar a “ese lugar” es despojarse de sí mismo, de su cuerpo. Sin titubear, abrió de par en par las alas que su ansiedad le fabricaron lentamente, y lanzándose al vacío emprendió su anhelado viaje; esta vez para no regresar. ■



Mauricio Vega

MAURICIO
VEGA